

**José Antonio Merino, *Historia de la filosofía franciscana*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993, 396 pp.**

La renovación de los estudios franciscanos, permanentemente intentada durante los últimos cien años, sigue siendo hoy una tarea inacabada y urgente. Es cierto que el estado actual de la investigación muestra un avance significativo: ediciones y reediciones críticas de los grandes maestros, apertura de nuevas fuentes, reinterpretación y ampliación de las tesis tradicionales de la escuela, etc. Pero la marcha de la filosofía, de las ciencias y de las metodologías históricas exige cada vez una nueva adecuación de aquellos antiguos contenidos. Si bien tenemos una interesante bibliografía desde 1890, está claro que ya no podemos exponer a los maestros franciscanos (ni a otros medievales) de la misma manera. La filosofía, la ciencia y la epistemología nos exigen hoy una relectura acomodada al estado actual de las respectivas problemáticas. Esto es lo que hace que la labor de exponer la filosofía franciscana (u otra del pasado) sea siempre renovable, aunque hayamos logrado establecer con seguridad y completud las fuentes. Por otra parte, es una tarea que no puede dilatarse porque el ritmo de la renovación de estudios también se acelera. Y además, en el caso hispánico, es particularmente urgente por la ausencia de manuales comprensivos y actualizados. La obra de Merino es un esfuerzo exitoso por enriquecer la bibliografía filosófica franciscana en castellano.

La producción bibliográfica de los últimos decenios muestra por lo menos tres metodologías expositivas. Una consiste en analizar los grandes problemas o tesis comunes de la escuela, mostrando sobre todo sus puntos semejantes y su desarrollo teórico interno. Es, por ejemplo, el caso de Bonafede. Otra es la de exponer de preferencia uno o dos maestros, nucleando a los demás a su alrededor. Así, Martigné centra la filosofía franciscana en Hales, Buenaventura, Mediavilla y Scoto. Una tercera, en la misma línea, escoge el orden cronológico y tiende a señalar la dinámica del pensamiento franciscano en el período secular de su constitución (de Grosseteste a Ockham). Éste es el abordaje de Merino. Diríamos que las metodologías expositivas van desde una presentación de la escuela "*in facto esse*" a otra "*in fieri*", pasando por diversos estados intermedios. ¿Cuál es la ventaja de uno y otro punto de vista? Creo que la respuesta depende de dos variables: por una parte, de qué concepción se tiene de "escuela franciscana"; por otra, de cuál es el objetivo de la obra en cuestión.

En líneas generales, también hay por lo menos dos modos de entender "escuela". En un sentido sería el conjunto de tesis formuladas por uno o más autores, durante un período determinado, que constituyen un sistema cerrado al cual adhieren —o no— otros pensadores

que tratan similares temas. Éste es un concepto sistemático y ahistórico de escuela. Para referirnos al Medioevo, es el concepto de escuela que suelen adoptar los tomistas, con sus "24 tesis". Y de hecho ha sido aplicado por algunos franciscanos, al elencar el conjunto de las "tesis filosóficas franciscanas". Este concepto de "escuela" funciona adecuadamente para algunos casos, sobre todo cuando la escuela tiene un fundador principal o único (por ej. Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Hegel). Pero resulta de difícil aplicación cuando la "escuela" tiene varios componentes de igual o similar importancia, cada uno de los cuales ha pensado lo suyo, con similitudes e identidades, pero también con diferencias significativas, de modo que casi ninguna tesis ha sido sostenida por todos y con iguales alcances. Pensemos en la escuela analítica actual y tendremos una aproximación a lo que quiero decir. Creo que la escuela franciscana pertenece a esta clase de movimientos que no admiten la reducción a un pequeño conjunto de tesis que sólo logra coherencia total y amplia cuando han sido pensadas por un único autor. La reducción de toda la escuela a uno solo de los maestros, aunque puede estar justificada por otros motivos, no deja de hacer violencia a la realidad histórica y constituir, en definitiva, una arbitrariedad reconstructiva. En otros términos: haber elegido a Scoto, o a Buenaventura, como "maestro" de la Orden (por ej. OFM y Cap. respectivamente) pudo tener un legítimo sentido religioso, pero no es válido para formular una historia de la filosofía franciscana.

Por lo tanto, a la visión de la "escuela" como conjunto de tesis con autor-fundador unitario, puede ofrecerse la alternativa de una "escuela"

concebida como el conjunto de los pensadores (no de sus tesis) que pertenecieron a una comunidad y que se interesaron por similares problemas, teniendo una cosmovisión (no necesariamente una "teoría filosófica") común, y cuyos resultados son parcialmente idénticos y divergentes. De este modo, la "escuela" se presenta no como un conjunto compacto, sino como un núcleo difusor de contornos difuminados, algo así como la imagen actual del átomo: un centro denso y una "nube" que se esfuma indefinidamente a medida que se aleja del centro. Creo que ésta es la visión adecuada para la escuela franciscana: un conjunto pequeño altamente denso, constituido por las muy pocas tesis absolutamente comunes (las que dicen lo mismo y con el mismo sentido y alcance) a todos los autores, y luego diferentes órbitas de densidad decreciente, representando a las tesis de menor coincidencia. Pero todo el conjunto es la escuela franciscana. Esta visión, que es la propuesta —implícitamente— por Merino, tiene a mi juicio la gran ventaja de hacer justicia a la historia y de permitir el ingreso legítimo de grandes pensadores que en el otro caso corrían el peligro de quedar fuera, como Ockham.

Dije también que las ventajas de una u otra visión de las "escuelas" tenía que ver con el objetivo de la exposición. Creo que las concepciones "fijistas" de la filosofía franciscana han surgido siempre que se quiso darle entidad académica y oponerla, en bloque, a las otras grandes tradiciones escolásticas (el tomismo y el suarismo) defendiendo su derecho a tener cátedra propia. Éste fue el sentido de unificar la "escuela" en la de Scoto, durante toda la modernidad, y la de intentar lo mismo a fines del siglo pasado, sea con Scoto, con Buenaventura, o con

la lista de tesis comunes. Pero ese objetivo hoy no es prioritario, y ni siquiera es importante. En cambio, un objetivo esencial para los próximos años es dar una visión global histórica del pensamiento franciscano que posibilite su relectura desde el actual horizonte filosófico. La obra que comentamos tiende a ese objetivo, y en ese sentido me parece un criterio adecuado y de resultados positivos. Por la misma razón, coincido con Merino en que un manual de este tipo debe estar “pensado siempre en la situación psicológica y espiritual del hombre actual [...]”. Este libro no está destinado ni pensado para especialistas del Medioevo, sino para aquellos estudiosos que desean acercarse a él y comprenderlo desde una exposición sistemática” (xiv). Y no está de más aclarar que Merino se ha propuesto una reconstrucción histórica de la filosofía franciscana, siendo así que los autores medievales eran a la vez teólogos y filósofos. No se encontrará aquí pura teología, y esa pulcritud metodológica (puesto que estamos reconstruyendo un pensamiento) me parece muy importante. Y nada obsta a que, como lo dice el autor, este libro se complementa con la historia de la teología franciscana. Lo que funciona mal es mezclar ambas, haciendo simplemente un resumen no sistemático del contenido de las obras de los maestros.

El libro se divide en siete capítulos y un apéndice. Los capítulos están dedicados a los grandes maestros, cronológicamente: Grosseteste y Alejandro de Hales, San Buenaventura, Roger Bacon, Pedro Juan Olivi, Juan Duns Scotus, Ramon Llull y Guillermo de Ockham. En el apéndice se dan someras noticias de “otros maestros de la escuela franciscana”: Juan de la Rochela, Tomás de York, Juan

Peckham, Guillermo de la Mare, Mateo de Aquasparta, Ricardo de Mediavilla, Roger Marston, Guillermo de Ware, Gonzalo de Balboa, Pedro Aureolo, Francisco Mayronis, Juan de Ripa y Pedro de Candía.

Esta selección merece algún comentario. Es uno de los pocos casos en que se reconoce a ciertos franciscanos el rango de maestros principales (Bacon, Ockham) o se exponen en la línea teórica de la escuela (Llull). Los tres “desentonan” con Buenaventura o Scotus, no tanto por la positiva oposición, cuanto por la diversidad de sus enfoques. Y ni qué decir del asombro que más de uno experimentará al ver a Olivi sentado junto a Buenaventura en el podio magistral. Asumir esta diversidad de las “cabezas” es un rasgo novedoso y que demuestra valentía intelectual. A la inversa, otros maestros muy reconocidos por la tradición, como Mediavilla, Peckham y Aquasparta, pasan a compartir lugares apendiculares con autores muy poco conocidos por la falta de bibliografía y de ediciones. Para Merino, estos autores “no fueron mentes mediocres, sino pensadores profundos, con propia personalidad intelectual, que esperan ser conocidos y expuestos adecuadamente” (371). Pero, históricamente hablando —y según su interpretación de esa historia— son “personajes más modestos”, aunque también imprescindibles en la transmisión. Quizá sea discutible poner a Olivi y sacar a Peckham de la primera plana, y creo que Merino aceptaría un amigable diálogo al respecto. Pero también es reconfortante pensar que así como ahora Olivi ha logrado un digno lugar, en el futuro encontraremos amplios tratamientos de Roger Marston o Juan de Ripa. Y por supuesto

una continuación, por el momento prometida, de la escuela franciscana en los siglos siguientes.

Pasando a la exposición, naturalmente no deben esperarse tratamientos excesivamente técnicos ni exégesis inusuales, puesto que se trata de un manual escolar. La estructura expositiva, en la medida en que cada autor lo permite, se orienta en los siguientes pasos: presupuestos filosóficos, cosmología, antropología, metafísica y teología natural, gnoseología, ética y política. Pero esta guía, que reproduce el *curriculum* de la "ratio studiorum" tradicional, no es un lecho de Procusto, porque en otros casos se respeta ante todo la estructura teórica que surge del autor mismo y que hace inviable la común (Bacon, Llull). La exposición tiene una buena cantidad de citas y lugares, de modo que los interesados en mayores desarrollos pueden recurrir al original. También se proporciona una bibliografía sintética pero bastante

actualizada (en casi todos los autores llega a mediados de la década pasada).

Sería importante que esta obra lograra gran difusión, no sólo en los ambientes franciscanos, donde ello se descuenta, sino en las cátedras universitarias de filosofía medieval. Es una experiencia bastante reiterada que la escuela franciscana tenga poca presencia en esos ámbitos, con la paradójica excepción de Ockham, a quien lamentablemente se enseña fuera del contexto de su propia escuela. Esta difusión redundaría no sólo en beneficio del franciscanismo, sino de la historia filosófica, y con ella, de la filosofía misma. Y si los franciscanos están convencidos que han aportado su cuota al desarrollo del pensar filosófico, y que ese aporte es válido todavía hoy, hay que introducir estos temas en las discusiones filosóficas actuales.

CELINA LÉRTORA  
CONICET, Buenos Aires.